

## **Salvador Tió para los niños. Relatos de Navidad**

### *Introducción*

**S**alvador Tió Montes de Oca (1911-1989) se distingue como escritor por su ingenio de auténtico humorista y su prosa crítica-satírica basada en la realidad isleña sobre los temas más diversos: política, sociedad, lengua, emigración, periodismo, etc. Su obra *A fuego lento: Cien Columnas de humor y una cornisa* (1954), Premio del Instituto de Literatura, ha sido parangonada con los originales *Paliques* (1913) de Nemesio Canales. Y *Fracatán de tirabuzones* (1975), "sacacorchos de la imaginación", ha sido comparada con el ingenioso juego de las *Greguerías* (publicadas desde 1910) de Ramón Gómez de la Serna.

Es natural que un escritor con preocupaciones de esta índole, tenga arraigada en su ser la niñez dulce y emotiva que vivió en su legendario pueblo de San Germán. En las obras de los grandes artistas suelen haber huellas de su niñez. Nuestro poeta vanguardista Evaristo Ribera Chevremont, por ejemplo, escribió una novela biográfica, *El niño de arcilla* (1950), donde confiesa que el dolor fue el maestro de su vida. Y Máximo Gorki, mientras estaba en su exilio de Capri, escribió en 1917 una narración profunda y poética, *Mi infancia*, que refleja toda una sociedad en descomposición. La Editorial LAIA de Barcelona la publicó en 1973 y hoy se considera una de sus mejores obras.

El libro *Chico Carlo* (1944), de la escritora uruguaya Juana de Ibarbourou, es una evocación sentimental de la niñez de la

autora narrada en forma dramática, con imaginación creadora y estilo poético. *Chico Carlo*, "que tenía la agilidad de un gato montés", era su compañero de infancia. Dice Juana de Ibarbourou: "Recuerdo su fina cara morena, su negro y enmarañado cabello, sus ojos crueles. Era un chico despiadado con todos, pero de una áspera ternura para mí".

Libros como *Recuerdos de niñez y mocedad* (1942) de Miguel de Unamuno, *El mundo de la infancia* (1984) de Nilita Vientós Gastón, y *La luna no era de queso: Memorias de la infancia* (1988) de José Luis González, revelan la intimidad de los primeros años. Son obras de búsqueda de orígenes los cuales, por lo general, vienen revestidos de recuerdos paradisiacos o de fuertes impresiones ocasionadas por una infancia triste.

La niñez de Salvador Tió, rica en calor familiar y en los valores esenciales del espíritu, tiene toda una tradición cultural y patriótica, que es parte de la historia de la sociedad puertorriqueña. Amina Tió de Malaret, mujer culta, liberal y feminista, fue la iniciadora del Día de las Madres en Puerto Rico. Bonocio Tió era periodista, su esposa Lola Rodríguez de Tió fue patriota y poetisa, y su hija Patria Tió era Doctora en Filosofía y Letras. Actualmente Aurelio Tió es historiador y Elsa Tió, hija de don Salvador, es una de nuestras más destacadas poetisas. Todo se resume en esta décima de añoranzas tomada del poema *El pueblo donde nació*, de Salvador Tió:

*De allí guardo en la memoria  
el rostro de los abuelos,  
De allí los altos anhelos  
de un pueblo lleno de historia.  
Y cuando para mi gloria  
a mis recuerdos me ciño,  
es con el amor que tiño  
los recuerdos de mi padre,  
y los ojos de mi madre  
que eran de luz y cariño.*

### *Relatos de Navidad*

Estos relatos de Salvador Tió aumentan el acervo cultural navideño para niños, que comprende cuentos como los siguientes: *Los Reyes* (1922) de Matías González García, *Vendrán los Reyes, Piñita* (1956) de Ester Feliciano Mendoza, *Los Aguinaldos del Infante: Glosa de Epifanía* (1962) de Tomás Blanco, *La cajita vacía* (1967) de Abelardo Díaz Alfaro, *Campanas de Nochebuena* (1968) de Flavia Lugo de Marichal, *El regalo* (1971) de Adrián Santos Tirado, etc.

#### I. LA CORNETA

Publicado en *ESCUELA*, revista escolar del Departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico, 15 de diciembre de 1958, pp. 4 y 5.

*La corneta* es un relato breve que comienza con un introito donde el autor justifica lo que expresa luego. Hubiera sido un cuento más definido con mayor estructura dramática. Don Salvador confiesa que mantiene vivas y claras las ideas de la niñez. Quiere demostrar que él no es viejo, que es un niño en el fondo de su ser, lo cual le dará veracidad sentimental al relato.

Ya fuera del introito, comienza la narración que es una evocación de la niñez del autor. El relato adquiere aquí un tono poético de una sencillez encantadora que arrebata al lector. Hay un temblor emotivo, un tono tan sugerente y sutil que nos conmueve profundamente. El niño que hay en Salvador alcanza la plenitud de expresión poética:

En el trópico enero es fresco y claro y en mi viejo pueblecito que se acurrucaba sobre las lomas de mi verde paisaje pastoral como un pájaro bajo la llovizna, la neblina azul, casi transparente, ponía sobre todas las cosas un velo de sueño y de misterio. No olvidaré la campana de plata del convento que era como una gota de cielo desprendido. Ni los repiques de la iglesia mayor que

eran vibrantes como un desafío. Ni los alambres que parecían rosarios de golondrinas...

El argumento es hermoso. Ese año los Reyes Magos fueron generosos con Salvador pues le trajeron libros y dos llamativas cornetas de soldado. El niño salió a la calle con una de sus cornetas para jugar con los amigos. En seguida formó un batallón y lo dirigió alternando las voces de mando con el tarará del instrumento. De pronto vio un muchacho campesino al borde de la acera, tímido y silencioso, que observaba a los niños sin participar del juego. Estaba absorto ante los pitos, flautas, tambores y fusiles que llevaban los niños en la parada. Salvador, hondamente enternecido, le regaló su corneta y lo dejó al mando del batallón.

Corrió a su casa en busca de la otra corneta pero ya su madre, que se pasó la vida dando a manos llenas, la había regalado a un niño pobre. Salvador, alicaído y confuso, regresó al batallón, pero cuando vio al niño campesino transfigurado de alegría, sonando la corneta como un veterano, no pudo recuperar su instrumento y se fue a la cola de la fila. Marchó calle abajo, sin su corneta, como un soldado derrotado. Los amigos, los vecinos y su mamá elogiaron su desprendimiento pero Salvador nunca olvidó aquella experiencia tan singular.

Esta es la parte más auténtica del relato. El niño llega a un desprendimiento feliz a base de la ley del amor cristiano: Ama a tu prójimo como a ti mismo. Tanto en el contenido como en la forma el relato es muy eficaz para estimular en el niño el desarrollo de los auténticos valores del espíritu: el bien, la caridad y la justicia.

## II. EL BESO DE MELCHOR

Publicado en *El Nuevo Día*, San Juan, Puerto Rico, 6 de enero de 1986, p. 27.

*El beso de Melchor* es un cuento más logrado que el anterior, donde para el niño la realidad del sueño es superior a la realidad

de tipo sensorial. Es un cuento de contrastes y confrontaciones. Frente a la realidad objetiva, la fantasía lúdica del niño; frente al negro Mingo con la crudeza de la inmediatez, la negra Teya con su respeto al candor y a la imaginación del niño; frente al tono artístico de la lengua, la incorporación de la jerga del negro como elemento pintoresco. Pasa el Quijote sigilosamente por las verdades de esta narración de original argumento.

El autor se lamenta de que el negro Mingo amenazó el mundo maravilloso de su fantasía al decirle que no había Reyes Magos. El creía a fe ciega en el testimonio de la negra Teya sobre la llegada de los Reyes. Aquella negra tenía más importancia en su casa que "oráculo en Roma". Melchor era su Rey favorito: el más noble, el que venía de más lejos, el más poderoso y el de su raza.

La adorada negra Teya (y aquí notamos la ausencia de prejuicios raciales en el niño) habló con la madre de Salvador y ambas le dieron la seguridad perdida. Para aplacar su drama interior, Teya le dijo:

—Mi hijo, no le jaga caso a ese negrito deslenguao que no sabe ni aonde tiene los ojos. Esta noche uté verá si hay reyej o no hay reyej. Esta noche verá...

Y así fue. Esa noche los camellos se comieron toda la yerba que Salvador les puso y los Reyes le trajeron una bola rebotona, un trompo cantor y un triciclo volador cuando él lo corría. ¡Qué mañana luminosa y feliz a no ser por la angustia que le provocara el negro Mingo! ¿Cómo romper la maravilla de la fantasía cuando para Salvador la palpitante realidad de un sueño era superior a la verdad?

"Lo vej m'hijo, lo vej", le dijo Teya, y tomándolo por los hombros lo acercó al espejo para que viera la mancha negra y redonda que tenía en la frente. ¡Era el beso de Melchor!

Salvador corrió hacia sus amigos para que vieran el milagro que llevaba en la frente, la mejor prueba de la verdad del mito de los Reyes Magos.

El mensaje es claro. No podemos arrebatarle al niño su poder

de fantasía, su vuelo imaginativo, la necesidad mental y sentimental de soñar y recrear la realidad del ambiente. La fantasía es parte de la conformación total del hombre, la motivadora de su creatividad, la energía que lo lleva a abrir caminos de renovación y progreso.

La narración es corta pero establece un clímax de gran tensión dramática. Es un cuento bien logrado; sugestivo, de gran valor religioso, lingüístico, artístico y social.

### III. ESTAMPA DE AÑO NUEVO

Publicado en *El Mundo*, Suplemento Puerto Rico Ilustrado, 31 de diciembre de 1989, pp. 12 y 13.

*Estampa de Año Nuevo* no es literatura de ficción. Quiere decir que pierde el encanto de *El beso de Melchor*, pero entra al amplio escenario de una casona sangermeña donde la familia, integralmente delineada, despide el Año Viejo. ¿Cómo se le ha escapado a nuestro gran artista gráfico Antonio Martorell este desfile de figuras puertorriqueñas de la década del 20?

En general, el relato evoca una celebración urbana. Sobre las esencias de la montaña contamos con las *Lecturas puertorriqueñas* de Miguel Meléndez Muñoz. Salvador Tió se muestra pesimista y compara la alegría de la despedida del Año Viejo con fuegos artificiales que suben y estallan en lágrimas. "Es pura pirotecnia del espíritu", dice Salvador olvidando el profundo significado religioso del momento. ¿Por qué ese pesimismo? El Año Nuevo renueva para el hombre la esperanza de superación.

¡Cómo recuerdo el delirio filosófico de Mariano José de Larra en *La Nochebuena de 1836!* (Artículos: Larra, Planeta, 1981a). Primero se aferra a la superstición de que el día 24 no era bueno para él. Y luego, en su diálogo con el criado, oye la voz de la verdad con severas revelaciones que lo invitan a reflexionar.

Lo más importante de la estampa es la información sobre los personajes de la familia. Por ejemplo, la negra Teya, "jefe supremo en el reino de especias y cazuelas", aparece con su pañuelo de madrás y su rostro severo y melancólico"

## **Estampa de Año Nuevo**

**L**a noche de Año Nuevo es también la noche del Año Viejo. Y a la hora justa que parte en dos la noche, estallan la alegría y el júbilo para que la tristeza no se ahogue en sus lágrimas.

“Todo tiempo pasado fue mejor”, sólo para los insensibles. O para los insensatos. Atrás está el pasado que no pasa sin dejar huella de dolor.

Son las doce. Y todo el mundo se cree en la obligación de recibir el nuevo año con algazara, con alharacas, con risas y gritos, con besos y abrazos de efusión. Pero hay algo ficticio en toda manifestación emocional a plazo fijo. Siempre me ha parecido que el Año Nuevo adolece de alegría artificial. Es una alegría como la de los fuegos artificiales que sube y estalla en lágrimas. Es pura pirotecnia del espíritu.

Hay muchos recuerdos de mi pueblo, que se me agolpan en estos días en el corazón. Algunos los he escrito, La Corneta, El beso de Melchor, Las misas de Aguinaldo. Hoy no sé porqué, se me ha venido al recuerdo una Noche Vieja en una antigua casona de mi viejo San Germán, mi pueblo hermano, donde esperábamos, al filo de las doce, mis padres, mis hermanas y las antiguas abnegadas mujeres del servicio que eran como de la familia, de tanto verlas y de tanto quererlas: mi negra Teya, con su pañuelo de madrás y su rostro severo y melancólico; la pobre Elvira, delgaducha y rubia con su aire enfermizo que se la llevó antes de tiempo, mirándonos con sus hundidos ojos azules desde el

recuerdo; mi Luisa inolvidable, tan alta, tan recia, tan buena que parecía escapada de un libro de cuentos.

Ya Dadá había muerto. Era una viejecita pequeña y blanca como una muñeca de algodón. En sus últimos días ya no recordaba el día de ayer. Solo repetía su juventud perdida, su niñez tan lejana. Y aún insistía en pagar por el pan que se le daba con cariño, haciendo lo único que podía hacer: surcir, surcir... y surciendo medias y recuerdos se fue apagando como una vela del Santísimo sin queja y sin dolor. Si alguna vez, Teya, que era jefe supremo en su reino de especies y cazuelas, la amonestaba como se hace a veces con los niños, allá iba, con los ojos húmedos, a refugiarse en el regazo de mi madre, tan panal de ternura, "Teresita, dile a Teya, que no me trate así..." Y allá iba mi madre, con su gran diplomacia; con su cariño por los verdaderamente humildes, a cumplir su embajada, a dar su orden como quien pide un poco de perdón.

Allí estábamos todos, juntos sin más familia ni más amigos, nosotros solos. Mi madre, tan hermosa que parecía uno de esos retratos que lucían las porcelanas de la sala; mi padre con su chaleco perpetuo y leontina de oro y su bigote de hombre serio y su mirada de hombre cabal, viendo a los hijos jugando a matar el tiempo. Nosotros, los hijos, ni tristes, ni alegres. Simplemente éramos. No tenía entonces importancia que habría un año de menos o que vendría otro año más. El tiempo a los niños no le pasa. Sucede.

Y el reloj dio las doce. Y las campanas de la Iglesia se volvieron locas. Y se oyó un clamor en las calles que creció como un río. Y de pronto, una salva de disparos, de más lejos, de más cerca, dejó caer su chubasco de escándalo, su nervioso estampido.

Parecía un pueblo armado asesinando estrellas. Parecía que no había un hombre en el pueblo sin balas o pistolas y ganas de mostrar su prepotencia. Miré a mi padre; permaneció impasible. Yo esperaba que él también fuese a buscar su revólver. Que estremeciese al aire a fogonazos. Permaneció impasible. Me enten-

## El beso de Melchor

**N**unca sentí mayor desprecio que el que sentí por el negro Mingo el día que me dijo que no había Reyes Magos. A los seis años las creencias de un niño son inquebrantables. Y las mías se nutrían del testimonio inquebrantable de mi madre que me los había descrito con lujo de detalles: de Elvira, de Luisa y de Viviana, las tres niñeras que sólo discrepaban sobre la verídica historia en detalles de poca monta como el color de las túnicas o el largo de la barba; pero sobre todo, el testimonio de mi negra Teya era irrefutable.

Teya, que en casa tenía más importancia que un oráculo en Roma, no sólo los describía, sino que sabía cual de ellos se bajó primero del camello, y cuál llevaba el oro y cuál la mirra y cuál el incienso. Y además, y para que todo resultase más digno de fe, Teya, tenía su rey favorito, porque era el más noble, el que venía de más lejos, el más poderoso, y porque era de su raza.

Por si fuera poco, yo mismo había ido a cortar yerba para los camellos el año anterior. Yo mismo la puse en dos mazos a los pies de mi cama. Y yo mismo comprobé al día siguiente que la yerba ya no estaba. Los camellos, cansados y hambrientos aceptaron mi obsequio sin dejar una brizna. Y los Reyes me dejaron, agradecidos por mi atención una bola que saltaba hasta el techo, un trompo que cantaba cuando bailaba, y un triciclo que volaba cuando yo lo corría.

Fueron siempre esos días para mí de una emoción inefable. Un sentimiento de asombro y de estupor se adueñaba por com-

pleto de mis días y mis noches. Y la estampa de los Tres Reyes Magos guiados por la estrella de Belén; y la escena del nacimiento en el pesebre, en la paja de hebras de sol, y entre ovejas de nata y de merengue, se me presentaba como una cinta cinematográfica a todo color mucho antes de que se hubiese inventado el technicolor.

Sin embargo, las palabras de Mingo, miserable Mingo, no dejaban de inquietarme, y yo diría más de estremecerme hasta la angustia. Estaba amenazado todo el mundo maravilloso de mi fantasía; la magia de lo increíble pero cierto; la misteriosa y palpitante realidad del sueño que es mucho más importante que la verdad.

Teya se dio cuenta de mi drama interior y se lo confió a mi madre. Entre ambas, en una conferencia memorable, me devolvieron la seguridad perdida. "M'hijo. Decía Teya, no me le jaga caso a ese negrito deslenguao que ese no sabe ni aonde tiene los ojoj. Eta noche uté verá si hay reyej o no hay reyej. Esta noche verá..."

Y así, y después de un largo rato de inquietud y de insomnio, que dormí con el alma apretada... "Eta noche verá..."

Cantó el gallo. Amaneció la mañana luminosa y feliz. La yerba había desaparecido nuevamente de los pies de mi cama y una bicicleta azul y plata me esperaba con los brazos abiertos.

A mis gritos de júbilo llegó mi padre todavía somnoliento, mi madre con su sonrisa de paz, Elvira, Luisa, Viviana, y de pronto... ¡Teya!

"Lo vej m'hijo, lo vej!" y tomándome por los hombros me acercó hasta el espejo. "¿No se lo desía?"

Sobre la frente pálida una mancha negra y redonda daba su testimonio irrefutable.

"¿Lo vej, lo vej? ¡El beso de Melchor! ¡Yo sabía que ese príncipe a mí no me fallaba. Se lo mandé a desir y ahí lo tienej".

"¡Mingo!" gritó Teya. ¡Mingooo!

Asérquese aquí y vea con suj propioj ojoj. Y si se le vuelve a ocurril decile al niño que no hay Reyej, el año que vienej yo verá